

Jacobo Danke

## Valores intelectuales de San Felipe el Real



INDUDABLEMENTE, nunca se pudo imaginar don José Antonio Manso de Velasco, fundador de ciudades, padre de ilustres villas como Los Angeles, Cauquenes, Talca, San Fernando, Melipilla, Rancagua, Curicó y Copiapó, que al trasladarse al corregimiento de Aconcagua y al instalarse en el convento de Santa Rosa de Viterbo, llevaba entre manos el germen de un destino grandioso para el futuro de Chile. Quizá obedecía a una intención que a él le pasaba inadvertida, como ocurre a menudo con los precursores y los profetas. De ahí que, luego de haber recorrido durante dos días los predios que se le ofrecían para que añadiera otro eslabón a la cadena de sus fundaciones, decidió escoger aquel que le ofrendara el maestro de campo don Andrés de Toro, para que se erigiese allí la gloriosa ciudad de San Felipe el Real. Esto sucedía el 3 de agosto de 1740 y transcurridos, luego, apenas 88 años en la carrera del tiempo, la comarca donde trazaran los alarifes de cenecía tez y oscuras barbas, la plaza de armas, la iglesia parroquial, la Iglesia de la Merced, la de los Jesuítas, las calles de trece varas de ancho, rectas y sin oblicuidad, apenas transcurridos 88 años, repetimos, alzó la voz vibrante de su primer periódico, cuyo nombre *El Verdadero Republicano*, era una tea de pasión y de com-

bate, para esgrimir los nuevos conceptos que invadieron el Continente desde que diera su primer vagido esa dulce enemiga de grilletes y de rejas que es la libertad de los pueblos. Los cimientos estaban echados. San Felipe no iba a quedarse a la zaga en el aporte espiritual y cultural que el desarrollo de la patria exigiría. Con una ortografía muy de la época, el *Verdadero Republicano* preconizaba que “La libertad es el don más precioso con que la naturaleza ha enriquecido al hombre racional; usurpárselo es el mayor sacrilegio”.

La capital de Aconcagua, pues, no podía desmerecer el bello aditamento de “siempre heroica”, con que se le distinguió al designársela como asiento principal de la provincia y al que se había hecho acreedora por la altivez y virilidad con que había defendido el derecho a la libre expresión de las opiniones y de las ideas. A continuación, vinieron *El Observador Político de Aconcagua*, 1826; *El Aconcagüino*, 1849, adversario irreductible de la Administración Montt; *El Censor*, 1869, de amplias tendencias liberalistas, pues en su primer número abogaba por la “abolición de todo fuero”; el *Observador*, 1871; *El Artesano*, 1872; *El Sanfelipeño*, 1892. En 1899, aparece el primer diario vespertino, *La voz de Aconcagua*, fundado por los hermanos Ladrón de Guevara, infatigable defensor de los intereses regionales; y en 1907 *La Prensa*, el mejor rotativo, sin lugar a dudas, pues en sus páginas de esmerado formato, dió acogida a ilustres personalidades como don Víctor R. Celis Maturana, profesor, político, abogado y distinguido funcionario y escritor; Ernesto Montenegro, Julio Molina Núñez, Agustín Cannobbio, Pedro Pablo Figueroa, Guillermo Robles García, Armando Núñez E., y Encas Rioseco Vidaurre. *La Prensa* dejó de aparecer en 1915 y su desaparición ha sido, por cierto, largamente lamentada no sólo por los hijos de San Felipe sino por el gremio periodístico en general.

No han sido menos preclaras las figuras literarias que han tenido por solar propicio a San Felipe. Comenzando por Emilio Corvalán, escritor de folletines a lo Paul Feval y Alejandro Dumas, ante cuya prosa romántica y truculenta, deben de haber suspirado nuestras abuelas y deben de habérsele llenado de lágrimas los ojos a nuestras

madres; continuaremos con Daniel Caldera, el primer escritor sanfelipeño que supo de los halagos de una gloria rotunda y espontánea. A los 19 años, en 1874, escribió el drama *El Ultimo Ramsés*, representado ese mismo año en San Felipe. Luego, la noche del 10 de agosto de 1877, se estrenaba en el Teatro Variedades de Santiago, su drama *El Tribunal del Honor*, obra ésta que obtuvo un triunfo clamoroso, tanto de público como de crítica. Los asistentes al estreno, solicitaron a voz en cuello la presencia del autor, para aclamarlo. Daniel Caldera tenía, a la sazón, 22 años y en esa oportunidad se le obsequió una lira de plata y un diploma con las firmas de destacados miembros de la sociedad y de la gente de letras de entonces. *El Tribunal de Honor* siguió representándose con el mismo éxito anterior y los habitantes de San Felipe pudieron saborearla en la propia casa, por así decirlo, en una representación que hizo de ella el 7 de noviembre de 1910, la Compañía Dramática dirigida por el notable actor español, Miguel Muñoz. Desgraciadamente, el genio de Daniel Caldera no vio su madurez ni produjo los óptimos frutos que de él se esperaban. Atraído por el periodismo y la política, se entregó con cuerpo y alma a ellos y una existencia descuidada y pródiga de noctambulismo, troncharon esta hermosa esperanza de la literatura nacional. Se considera que este drama es el punto inicial del verdadero teatro chileno, estrictamente hablando.

Contemporáneos de Caldera, son Antonio Lautaro Almeyda, autor de unos valiosos *Cuadros de Costumbres*, en los que pinta a los huasos de Catemu; Clemente Suárez, magnífico polemista, director del diario *El Censor*; a su pluma se deben unas estupendas *Reminiscencias para la historia de San Felipe*; Florentino A. Salinas, que nos dejó los insuperables documentos de *Los representantes de la provincia de Aconcagua en la Guerra del Pacífico*; el apóstol y literato, el presbítero de profunda trayectoria ciudadana, autor de *Impresiones de viaje de un chileno*, don José Agustín Gómez, cuya estatua se levanta en la Alameda Chacabuco; Julio Figueroa González, autor de una *Historia de San Felipe*, de un *Vocabulario Eti-*

*mológico de nombres chilenos* y de un volumen de *Chilenismos*, que aún se mantiene inédito.

Hemos dejado para un acápite aparte, a Moisés Cáceres, Ernesto Montenegro, Agustín Cannobbio, Julio Molina Núñez, Carlos Humeres Solar, Hermelo Arabena Williams, Bernardo Cruz y Adrián Dufflocq, personalidades de indiscutible mérito y relieve dentro de las letras chilenas.

Moisés Cáceres trazó una estela de poesía, dolor y sacrificio, a través de su existencia relativamente corta. Su juventud ardió como una antorcha generosa. De una sensibilidad extraordinaria, el latido del mundo eran los latidos de su corazón. Y allí donde había sufrimiento, él estaba, también, sufriendo. Los desheredados, las víctimas eternas de las injusticias y de las expoliaciones, hallaron en su espíritu el eco profundo que los demás les negaban. Largas noches de afiebradas meditaciones, arquitecturaron en Moisés Cáceres el ansia de modelar una humanidad sin trabas, comprensiva, ajena a los desniveles de orden social y económico. Y un día, llena la mirada con estos flamantes mirajes, puso el pie en un barco, rumbo a Europa, a Francia, a París. Allá continuó auscultando el misterio del hombre como arquetipo privilegiado en el concierto de la naturaleza y como componente complejo de la comunidad. Su pasión humanitaria se agigantaba. ¿Qué cosa más simple y sencilla que amarse los unos a los otros y compartir, asimismo, los frutos fértiles de la tierra? El Barrio Latino, los cafés de Montparnasse, cenáculos de artistas y soñadores vieron pasar su silueta trashumante. Hasta que en una oportunidad, acosado por la miseria y el hambre, puso fin a su existencia, abriéndose las venas en un establecimiento de baños públicos. Moisés Cáceres, fervoroso agitador, lírico heraldo de alboradas libertarias, iba a descansar de su duro tránsito cotidiano, en un suelo extranjero, lejos del solar nativo, la boca anegada de silencio y de amargura.

Ahora, hablemos de Ernesto Montenegro, uno de nuestros más cultos y finos escritores. Tenía veinticinco años, cuando en Valparaíso se convocó a unos Juegos Florales con ocasión de celebrarse el

primer centenario de nuestra Independencia. Montenegro se presenta y obtiene el máximo galardón, con su poema "Gesta Patria". Había nacido un escritor de fuste que no se detendría un sólo momento en su laborioso avance hacia el porvenir. Numerosos diarios y revistas lo cuentan entre sus colaboradores. En 1917, Juan Agustín Araya y Julio Molina Núñez, publican una de las más completas antologías que han visto la luz en Chile. *Selva Lírica*. Ahí apareció el siguiente poema de Ernesto Montenegro, del que ofrecemos este fragmento:

*Rodar, rodar el mundo perseguido del tedio  
que adivina el mañana, que marchita sus flores  
y sin hallar el alma para su ansia remedio,  
sucumbir bajo el fardo de miseria y dolores.  
El poema doliente de la legión que vaga  
buscando en el desierto la Tierra Prometida;  
y cuando ya el consuelo de entreverla le halaga,  
sentir que le abandona para siempre la vida.  
Inmensa caravana lanzada por la suerte  
a la senda por donde no se torna jamás,  
reposo le deparan las playas de la muerte  
donde la barca espera, sin timón ni compás.*

Los antólogos decían, respecto de Ernesto Montenegro:

"Hijo de su propio esfuerzo. Tostado por el sol aldeano, de buena pasta, corazón sano, vigoroso espíritu. Como Víctor Domingo Silva, Gil y Bórquez Solar ha hecho, para soñar y vivir, profesión de escritor. Desde los diez y ocho años ambuló en las oficinas de los grandes diarios porteños y santiaguinos, vaciando en sus columnas desde el artículo de fondo, correcto y macizo, hasta la prosa urgida y elástica de la sección cablegramas. No gasta melena ni gusta de aventuras nocharniegas: su modo de vivir es un ejemplo de buen sentido, así como el buen gusto adorna cuanto escribe. En él, la idea prima sobre el sentimiento. Su prosa vale más que sus versos. Aguila es, pero herida en un ala: el estilo poético suyo está resentido

de prosaísmo, de prosaísmo diarístico. ¡Es la suerte de tantos! Verse morir como poetas para vivir como periodistas, prácticos profesionales o adinerados consortes”...

Pero el poeta anhelaba otros horizontes de mayor amplitud para sus inquietudes. Y como muchos de nuestros escritores, le dijo adiós a Chile para arribar poco después al primer puerto de Estados Unidos. En la rubia Norteamérica, desarrolló una intensa actividad periodística, sin que por esto, no colaborara, a la vez, en órganos tan importantes como *Caras y Caretas*, de Buenos Aires, *Repertorio Americano*, de San José de Costa Rica y algunos diarios y revistas chilenos. Además, realizó una encomiástica propaganda a favor de nuestro país en las columnas de la revista *Chile*, de Nueva York, campaña que abarcó desde los años 1926 y 1929. De regreso en la patria, dió a la publicidad su celebrado libro, *Cuentos de mi tío Ventura*, con el que obtuvo el Premio “Atenea”, en 1934. Al cabo de cierta permanencia entre nosotros, volvió a partir nuevamente rumbo a los Estados Unidos, donde reanudó su vida periodística por espacio de diez años, más o menos. En la actualidad reside otra vez entre nosotros, y puede estar orgulloso del derrotero cumplido hasta aquí, pleno de austeridad, de cordiales frutos y de una madurez que le ha conquistado un lugar preponderante en la literatura continental.

Otro de los intelectuales que han conquistado fama y honores, para Chile, es don Agustín Cannobbio Galdames. En 1904 se diploma en el Instituto Pedagógico e ingresa al profesorado, para efectuar una acción educativa de altas proyecciones. Es un estudioso de inigualables aptitudes; alterna sus tareas pedagógicas con la investigación histórica y literaria. En el curso del año 1910, publica un interesante trabajo que se denomina: *Bosquejo histórico de la literatura chilena*, trabajo en el que está comprendida la producción literaria nacional, partiendo desde los araucanos hasta la fecha en que se publica el estudio, incluyéndose, por menorizada y agudamente discriminada, la labor intelectual masculina y femenina, como asimismo, la de los principales diarios. Hacia 1920, es nombrado vi-

sitador extraordinario de los liceos de hombres; en 1925, la política lo lleva a ocupar una banca en el Parlamento, en representación de Chiloé; llega a la Cámara antecedido por sus méritos y se empeña en la resolución de múltiples necesidades que apremian a la región que representa, lo que le granjea el aprecio y la gratitud de sus electores.

Agustín Cannobbio no descansa ni pretende descansar. Este hombre, a quien se le debe la fundación de la primera escuela nocturna gratuita para obreros, en 1897, investiga y escudriña los archivos patrios; analiza y compara la idiosincrasia del pueblo, y de ahí se derivan su enjundiosa obra *Refranes chilenos*, y el descubrimiento que hiciera del romance popular más antiguo del habla castellana, recogido de la tradición oral de la localidad de Santa María, romance que fué obsequiado por el señor Cannobbio al eminente filólogo hispano, don Ramón Menéndez Pidal, cuando pasó por Chile el año 1905 y quien lo hizo insertar elogiosamente en la revista *Cultura Española*. Posee otro libro: *El galán y la calavera* y es autor de centenares de artículos críticos sobre arte, aspectos históricos y de variada índole. Conferenciante ameno y de vasta cultura, escritor ponderado, de vigoroso contenido, es miembro de numerosas instituciones científicas y literarias de América y Europa.

Aunque Julio Molina Núñez no es, propiamente hablando, oriundo de San Felipe, pues nació en Rinconada de Los Andes, podemos considerarlo, sin embargo, más por su calidad de aconcagüino neto, hijo adoptivo de esta ciudad. Colaborador asiduo de la época de oro de *La Prensa*, su pluma le conquistó devotos lectores entre los sanfelipeños. Poeta y prosista de nerviosa preocupación, en 1912 publica un conjunto de poemas intitulado *Hojas Secas*, volumen del cual citaremos algunos versos que trazan, con densos caracteres, su personalidad:

*Amo el poder de la sublime idea  
que audaz y triunfadora  
vibra en el ritmo y en el poema gime,*

*si es que armoniza el número a la forma  
y unida al sentimiento  
es el alma de las notas.*

*Amo la fría audacia del filósofo  
que busca solución a toda incógnita,  
si encuentra soluciones de justicia,  
si abate el torpe error que al hombre agobia,  
mitiga la amargura de los parias  
y alivia las miserias que sollozan.*

A comienzos de 1917, el nombre de Julio Molina Núñez se ubica a la vanguardia de la notoriedad literaria chilena. En compañía con Juan Agustín Araya, publica la más completa y valiente de las antologías poéticas chilenas: *Selva Lírica*. La aparición de este volumen, conmovió el ambiente literario no sólo de Chile sino del exterior. Nunca se había visto un estudio tan voluminoso y tan certero sobre los poetas y la poesía nacionales. Hubo acerbos críticas, se constituyeron bandos que defendían y que negaban esta obra singular. Pero, el tiempo ha dado la razón a la mayoría de las opiniones vertidas en *Selva Lírica* por sus sagaces autores y actualmente se considera a esta antología modelo en su género y que aún no ha sido superada. Como información de interés, es necesario hacer presente que en *Selva Lírica* se profetizó el éxito universal de Gabriela Mistral, nuestra sublime escritora, a quien Aconcagua debe hermosos trabajos poéticos y cuyo paso como pedagoga registraban las aulas del Liceo de Niñas de Los Andes, cuando un concurso literario la investía como excelsa poetisa, con el clamoroso triunfo de sus bellísimos *Sonetos de la muerte*.

Julio Molina Núñez es autor, también, de una selección de poemas del poeta colombiano, Isaías Gamboa, que pasó como una sombra fugaz entre nosotros, exhibiendo en nuestro medio intelectual, la huella inconfundible de su estro poético. Más tarde, Molina Núñez ha tenido una actuación de primordial importancia en la

Administración Pública y en el Foro y hoy vive, acunado por el suave vaivén de sus recuerdos de artista, en la localidad de Casuto.

Descollante vástago de San Felipe, es don Carlos Humeres Solar, abogado, profesor de Estética e Historia del Arte de la Academia de Bellas Artes de Santiago. Ha sido director de la *Revista de Arte* del Departamento de Educación Artística y de Extensión Cultural; secretario del Conservatorio Nacional de Música; secretario de la Facultad de Bellas Artes; redactor de la Sección Música y Bellas Artes de *El Mercurio* de Santiago. Invitado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, hizo una jira a través del país de los rascacielos el año 1941. Actualmente, desempeña el cargo de Director de la Escuela de Bellas Artes.

Es preciso citar, con preferente atención, al presbítero don Carlos Fernández Freite y a don Hermelo Arabena Williams, miembro, el primero, de la Sociedad de Historia y Geografía y autor de los libros *Biografía de don Crescente Errázuriz*, *Confesiones del Diablo* y *Tradiciones regionales*. Arabena Williams es un poeta de delicada fibra; ha escrito *Hora del Angelus*, poemas que dió a las prensas en 1940. El imán de las tradiciones y de las leyendas chilenas ha ejercido una poderosa atracción sobre él, y depurado producto de este entusiasta desvelo suyo, son los libros *Glosas sobre San Felipe El Real* y *Entre espadas y basquiñas*. Las páginas de sus *Glosas*, registran este soneto, dedicado "A la Cañada de San Miguel":

*Vieja Cañada de San Miguel, guardas  
en el pecho fragante de tus encinas,  
revuelo de minuetos y crinolinas,  
rechinares de espadas y de alabardas.*

*¡Qué de recuerdos tiemblan en tus esquinas!  
¡Incoloras madejas de historias, cardas!  
Vuelvo a mirar tus frondas entre las bardas  
y el florete me clavan de sus resinas!*

*Cuando al otoño afinas tus bandolinas,  
sueltas frases vivaces en tu ALLEGRETTO,  
salpicadas con notas de golondrinas.*

*Dame ser guardabosque de tu secreto  
y la luz susurrante de tus cortinas  
cuaja en la flor esquiva de mi soneto.*

Es dueño de un estilo claro y vertical, salpimentado de un humorismo de auténtica factura. Los *Anales de la Universidad de Chile*, han publicado un magnífico ensayo crítico y anecdótico suyo, sobre don Enrique Nercasseau y Morán, primer filólogo e hispanista chileno.

El presbítero don Bernardo Cruz es, quizá, la más representativa de las personalidades sanfelipeñas de la hora presente. Crítico de poesía, que ejerce con una penetración que escasas veces es dable encontrar entre los que se dedican a tan compleja función literaria, es autor de un libro que no ha sido lo suficientemente alabado ni difundido. Nos referimos a su obra *Alma y Forma*, publicada en San Felipe, en 1944. Es un libro completo, de curiosa estructura, una selección lírica de grandes poetas modernos del habla castellana. El autor complementa la presentación de cada poeta, con un análisis de su mensaje poético y es ahí donde radican la profundidad y el acierto de don Bernardo Cruz. Ha publicado seis volúmenes: *La Samaritana*, *Nuestro idioma*, *Alma y forma*, *Trigos de rulo*, *El incienso y su sombra* y *Elegías blancas*. En este último libro, su hondo y dilecto espíritu de poeta, canta a una amada hermana que se fué para siempre y que le dejó en el pecho la rosa abierta de una herida toda temblor y toda sangre. Sus versos tienen una elegancia y una tristeza de nemorosa entonación. Es moderno y atrevido en la imagen y jamás la ondulación de su poesía se detiene en las márgenes de lo indeciso. Escuchemos su poema "Ser y cantar":

*Yo no me afirmo, yo no me recuerdo.  
Me es inútil el álbum.  
Soy una sombra larga en el camino,  
tendida verde, en rectitud de álamos.*

*Yo no vivo. No sé, Filosofía  
que me áridece. Creo que los pájaros  
saben vivir mejor, sin autocrítica.  
Y Dios mismo los hizo comentario  
de un Padre Nuestro, íntegro, vivido  
en las alas del canto.*

*Oh, qué bien tú me entiendes,  
tú, en los cielos, volando...*

A ratos, se nos antoja oír levemente pulsada la cuerda de un Juan Ramón Jiménez. Pero un soplo de tierra nuestra sacude las enhiestas cañas donde se genera su propia sinfonía. Oíd esta “Noche concéntrica”:

*Cayó tu forma en manos de la noche.  
Un pequeño perfume de claveles  
alumbraba el camino. Tus pupilas  
no encontraron aceite.  
Apagóse tu voz. El horizonte  
rompió su argolla de murallas verdes.*

*Cayó tu rostro en medio de la sombra.  
Los labios de la fuente  
cerráronse concéntricos  
en azules paréntesis.*

*Cayó tu rostro, cayó tu voz, se hundieron  
tus ojos para siempre.  
Sólo quedó tu nombre sobre el agua...  
Un cántaro lo saca algunas veces,  
pero cae llorando, gota a gota,  
sucesivo en la muerte.*

Hemos citado los valores de innegable consagración que San Felipe ha aportado al acervo cultural de Chile. Dedicémosle algunas líneas de reconocimiento, también, a esa falange de muchachos que, sin importarle la distancia que los separaba de la metrópoli, supieron mantener inalterable la llama de sus inquietudes estéticas en un ambiente provinciano no muy propicio para la fructificación de las nuevas modalidades artísticas. Fueron ellos alumnos y egresados del Liceo de San Felipe que se agruparon alrededor de revistas de avanzada significación, como *Boceto y Kairos*, orientada esta última por Guillermo Lagos Carmona y Guillermo Robles. *Boceto* inició la celebración de comidas mensuales, con el propósito de estrechar lazos entre sus colaboradores y de esta suerte supo congregarse en torno de su cálida hospitalidad, a escritores y artistas como Guillermo Lagos Carmona, Humberto González, Dewet Bascuñán, Enrique Robles, Guillermo Robles, Enrique Aguirre, Pedro Olmos, Luis Sánchez, Rodrigo Figueroa, Roberto Otaegui y María Humeres. Por otra parte, prestigiaron sus páginas plumas de la valía de un Ernesto Montenegro, Roberto Humeres, Julio Molina Núñez, Juan Arcos, Juvencio Valle y Augusto Santelices. Uno de sus más fervorosos capitanes, fué el profesor Ismael Aguirre Echiburú.

En cuanto a los dominios de la plástica, San Felipe ha dado nombres de la alcurnia de un Pedro Olmos, pintor y dibujante que triunfa ampliamente en Buenos Aires, donde radica; Luis López Lemus, Roberto Humeres Solar, pintor que perfeccionó sus estudios en Europa, y Germán Montero Carvallo, escultor a quien se le debe el epopéyico monumento *Al ovejero magallánico*, en la lejana y austral Punta Arenas.

Finalmente mencionaremos las figuras de tres ilustres hijos de San Felipe: don Eulogio Altamirano, don Abdón Cifuentes y don Waldo Nuño Jiménez, el querido y apreciado "capitán Nuño". Los dos primeros, eminentes oradores políticos, jurisconsultos de acendrada magnitud, patricios de añeja raigambre nacional; el tercero, hombre de ciencia, astrónomo famoso. Del mismo modo, cerraremos este recuerdo haciendo una breve alusión a uno de los hombres que más amaron a San Felipe y Aconcagua en general, a pesar de no haber sido éste el lugar de su nacimiento. Fué este preclaro ciudadano, don José Antonio Soffia, Intendente de la provincia en el año 1871. Poeta de alta inspiración, le dedicó un sentido elogio lírico a Aconcagua, algunos de cuyos pasajes nos complacemos en extractar:

*Cuna de ingenios y de amores nido,  
guarda de oro Petorca inmenso manto.  
Del no lejano mar al grato ruido,  
La Ligua, del trabajo entona el canto.  
San Antonio en sus montes escondido,  
guarda de sus riquezas el encanto:  
¡San Felipe es heroica ante la historia,  
Los Andes vida y Chacabuco gloria!*

*¡Qué libros más hermosos que esos prados  
con flores y con árboles escritos!  
¡Qué paisajes más bellos ni animados  
que aquellos panoramas infinitos!  
Montes que al cielo dan, nunca escalados,  
bosques eternos y jamás descritos;  
¡cuánto la mente entusiasmada fragua,  
todo lo ostenta espléndida Aconcagua!*

*¡Tierra feliz! Bendiga tu hermosura  
la mano del autor de tus primores!*

*¡Siempre ostenten tus cimas nieve pura,  
siempre vistan tu campo alegres flores!  
Y esa tu cordillera que fulgura  
reflejando del sol los resplandores,  
sea, por su esplendor y su belleza,  
la imagen fiel de tu sin par grandeza!*

¿Se habrá dicho todo? No, es imposible que se diga todo respecto a la sutil categoría que concierne a los seres, las comarcas y las cosas. Y como está de moda valerse de cierto tipo de *slogans* para conferirles mayor énfasis a las expresiones, exclamaremos, encarando la posteridad de Chile, con la entonación particular de un animador de noticiero cinematográfico: “¡Sí, señoras y señores: Esto es lo que ha hecho por la patria San Felipe el Real!”